

llarda y peregrina pieza, que asombra por la originalidad de su complejo formal. Nosotros, además, la adoramos como a una personificación de Murcia. Cuando los escultores tallaban sus piedras, pensaban tal vez que contribuían a la formación de un monumento grandioso. Es de una elevación material desusada. Puede recibir el calificativo de colosal, especialmente por levantarse sobre edificaciones de pocos pisos, que agrandan así su magnitud.

Sin embargo, nosotros la empequeñecemos imaginativamente hasta tal extremo, que se nos antoja a veces acariciarla, como cogida entre nuestras manos, igual que acariciaríamos una tórtola o una bizaña de jazmines. Por esas tierras de España se levantan al cielo torres y cúpulas egregias, en granito gris, en pizarra negra... Nuestra Torre adorable, con su piedra dorada, tiene algunas veces el color rosa viejo con que se viste el sol en las tardes de los domingos de invierno; otras veces se nos antoja, encendida por la luz de una siesta de estío, como si la hubieran cincelado arcángeles escultores en las aurificinas del Cielo; y casi siempre, a la luz de los días murcianos, tendrá un tono más o menos diáfano de topacio, de ámbar o de ópalo.

Hay obras de arte pequeñas, en las cuales, el sentido de la proporción es tan excelente, que se agrandan en la imaginación hasta alcanzar dimensiones enormes. La Torre de la Catedral de Murcia, para los murcianos, por el contrario, parece hecha a la medida del relicario del corazón. Desde dentro del corazón, ella nos habla de Murcia y nos sugiere ímpetus de ternura y efusiones de amor. Porque, en el misterio de las grandes creaciones del Arte y de la Historia, a despecho de su variedad, junto con la personalidad que le es universalmente reconocida, tiene, además, un alma: el alma que el tiempo infunde en aquellos objetos que el hombre va impregnando con su espíritu. Porque por las piedras de la Torre pasan efluvios de dolor, de júbilo, de inquietud, de súplica... Y desde lejos vienen a estrellarse so-

